





# EL ÁRBOL SIMÉTRICO



FRANCISCO VARO

EL ÁRBOL SIMÉTRICO



Primera edición: febrero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Varo

ISBN: 978-84-18097-90-4

ISBN digital: 978-84-18097-91-1

Depósito legal: M-5283-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Gracias por el dolor profundo recibido porque, al llegar a la verdadera edad en la que nació el milagro, entendí el mensaje de tu lenguaje corporal. Ese peculiar hormigueo que sientes o la propia irritación de tu piel que te conlleva al deseo de rascar la parte en cuestión. Ha sido mágico haber llegado hasta aquí sin un solo talismán.*





## INTRODUCCIÓN

*Catarsis*, que significa en griego ‘purificación y purga’, es lo que vive el autor con la obra. Una experiencia purificadora y liberadora de las emociones. Un grito interno y visceral que emerge desde lo más profundo para acabar sonando fuerte y amplificado por el poder de las palabras que recorren cada página del relato. Dominar la raíz es la única forma de poder florecer con más fuerza, conocimiento y amor.

Aquí, en el *Árbol simétrico*, con estos relatos: «La raíz del árbol», «La veta del tronco» y «El ser de la rama», el autor finaliza el viaje que ha realizado por su mente desde el primer libro *Kissco Paranoide*, dando una vuelta de tuerca más a sus experiencias vitales, a sus sentimientos y vivencias, desde la infancia a la actualidad. Este viaje transcurre por la enfermedad mental, las relaciones familiares, el amor y el desamor, teorías propias y fórmulas creadas con toques de verdad y grandilocuencia. El caminar en la delgada línea de la cordura, o no.

El desenlace de la obra no te dejará indiferente, algo que resulta congruente con el carácter del autor y que en una lectura siempre resulta tentador.

JLOP



«La raíz del árbol»



¿Fin del juego?

Al terminar esa ducha que se me hizo un tanto larga y que hizo que perdiera la noción del tiempo, tuve la extraña sensación de que podía haber alguien en mi salón. Así que quise secarme con rapidez para poder percatarme de que así fuera; la lentitud con que me asomé, el cierto temor y mi peculiar y casi ya perdida timidez fueron en un solo segundo testigos de mi instantánea reacción. Mis pupilas enfocaron como en esos planos de Stanley Kubrick, con una perspectiva frontal y simétrica, que hacen que una imagen plana tenga ese movimiento de profundidad; y así, una vez ya el *zoom* estaba en su mayor apertura, pude distinguir que la imagen de la que hablo era la de una mujer con un rostro visible de arrepentimiento y con lágrimas en sus familiares ojos, que a la vez me decía que mi nombre no era Leo, que verdaderamente me llamaba Francisco y que solo ella me llamaba Kissco. Entonces, un escalofrío decidió recorrer a toda mecha todo mi cuerpo hasta erizarme la piel y así pude entender que esa mujer sentada en mi salón y arrepentida era mi madre Isabel.

Así fue el comienzo que hoy resulta muy difícil recordar, y no porque no recuerde el detalle, sino todo lo contrario. Porque este encuentro sería el principio de una enfermedad dormida que haría que en cada instante o segundo estuviese invadido de señales por todas partes, que me aturdirían hasta el extremo de llegar a perder el poco conocimiento que pudiera quedar en un cerebro ya después tan dañado.

Con estas señales tan perceptibles para mis sentidos, totalmente abiertos como al abrir el grifo que da paso a un torrente de información, tenía la certeza de que, al ser descifradas como todo mensaje, su procedencia podía ser divina, que venía de aquel lugar donde podríamos acabar y encontrarnos con nuestro Señor. En

algún momento de aquel tiempo tuve el valor o la insensatez de llamarlo «El mensaje de Dios». Achacando esta confusión, llegada para desorientarme por completo, a que debía ser por esta típica educación obligada medio cristiana, pero sin fuerza y aceptada por motivos beneficiosos para nuestras propias relaciones personales y, sobre todo, familiares. Lo cierto es que la total pérdida de la realidad llevada a cabo contra mi bienestar, creándome un profundo desconcierto, hacía que fuese un verdadero sufrimiento constante y un sobreesfuerzo mental agotador al no poder encontrar nada más que esta exuberante, arriesgada y poderosa explicación.

Fue un tiempo tan enredoso como cuando empiezas a adentrarte en un laberinto de un jardín de uno de esos palacios de Inglaterra, iniciado en principio por el asombro para continuar con la desesperación por encontrar la salida. A la vez asintiendo con toda seguridad de la certeza de mi explicación espiritual, siendo así yo testigo de algo tan desmesurado que hacía imposible que pudiera afirmar con tal convencimiento que descifré esos mensajes tan perturbadores para mi inicialmente mente enferma. Esta conexión neuronal llegó a la conclusión, muy lógica para aquel entonces y tan creíble para mí, de que me hacía sentir que yo sí fui ese único testigo. El resultado de esta hipótesis inventada sería que todo lo que se hacía caer o todo lo que por sí solo subía de alguna forma natural sin previo aviso del hecho sobre el mismo acto tendría un significado distinto.

Poniendo un ejemplo: la visión de mis ojos fue totalmente panorámica en cada segundo, un total sobreesfuerzo, como ya he mencionado. De esta forma podía observar cómo una pequeña brisa inoportuna podía hacer que el polen de las bellas flores en plena primavera cayera despacio, por la misma y simple gravedad de la Tierra; yo solo podía ver que ese sencillo descenso del polen era la señal o la respuesta que ansiaba y esperaba a las preguntas que en ese mismo instante me hacía en mis pensamientos. Sí, no es un claro ejemplo, pero sí lo es para entender la magnitud del jardín inglés formando este infernal laberinto donde se me hizo tan evidente la posibilidad de no poder salir jamás.

Después de conseguir comprender esta inexperta teoría, la convivencia que yo pude ofrecer fue sencillamente insoportable para todo aquel que pudiera estar cerca o sentir mi molesta presencia. Así que la conclusión más cercana, y a la vez yo dejándome ayudar, sería la de ponerme en las manos de un verdadero especialista y así tener una opinión exacta de mis anomalías y comportamientos extraños a la vista de cualquier visor. Como al ver un pequeño espectáculo de un sencillo y desconcertante truco de magia, donde los rostros de los hipnotizados espectadores observan con esas miradas de asombro cómo desaparece la diminuta moneda expuesta. Mi papel en este pequeño truco sería evidentemente la dichosa moneda desaparecida.

Si recordara aún con más detalle, podría ver a la que fue mi querida vecina subiendo de prisa las escaleras del porche con tal preocupación que la sensación que sentí no fue la de que iba alzando un pie tras otro para avanzar en cada peldaño; el mensaje que pude descifrar en ese momento fue como si desde la entrada de la casa, junto a la calle, subiese como de alguna forma en gravedad lunar en aquella noche de verano de escasa brisa fresca. Esta señora se acercaba cada vez más a mí, y la distancia entre ella y yo fue tan relativamente corta que sentí que fue en un solo instante ese encuentro que podría describirlo aún más como la gota que colmó el vaso profundo. Al estar ya junto a mí, su abrazo fue tan bien recibido que lo devolví con tanta fuerza que incluso hice daño; así, mi querida vecina, separándose con delicadeza, intentó tranquilizar ese desasosiego que me estremecía.

Después de un viaje considerablemente largo para ser yo inspeccionado, el resultado de estas pruebas no las supe hasta meses más tarde, diciendo en ellas que zonas en mi mente se encuentran dañadas, floreciendo así está enfermedad a la que llaman esquizofrenia paranoide. «Sin alteración anatómica observable y afecta a su personalidad» fueron las palabras que pude escuchar desde la sala de espera.

Esta constante situación que tuve que soportar, como el segundo del reloj soporta cada vuelta, de la cual salí victorioso sobre-

viviendo así y aquí, explicando esto, fue el propio sufrimiento de un tan realmente puro mártir.

Si tuviera ahora mismo que elegir lo peor de estos recuerdos, sería el dolor provocado a mi alrededor dirigido directamente a las personas que quiero, incluso al vecino que no tuvimos la educación ni la molestia de habernos presentado con un simple saludo o con esa costumbre en algunas zonas americanas: preparando algo imprevisto en una pequeña cesta decorada. Lo que provoqué a mi entorno cercano y al de lejos fue tan grave, así de simple, que hubo momentos en los que llegué a decir o sentir: «¡Hasta aquí!», «¡Basta ya!», «¡Me rindo!».

Y yo en esas repetidas escenas pensando en voz alta acompañado de mi música literaria, sonando así la canción y a la vez mi pensamiento:

«Toda esa rabia e impotencia que sufrías también la sufrí yo, y me mantuve siempre por debajo de ti».

La soledad absoluta, si es que existe, la propia penumbra, fue el lugar de mi atormentada estancia de largo plazo; una temporada que puede resultar aquí escrita como algo no creíble o exagerado. Solo fue una década lenta de mi vagón en esta montaña rusa, donde, incluso siempre estando acompañado y en cierto modo sintiéndote a mi lado, permanecí en ese lugar o en ese estado de una forma permanente. Aquí perdí los más formales modales y con lo que corresponde: mi extraña educación, aprendiendo así de nuevo tener que masticar con la boca cerrada.

Calándome hondo un puro sentimiento de terror cuando alguien o yo mismo teníamos el valor o la desfachatez de abrir la puerta de aquella planta baja donde me encontraba. Aquí duerme la Bestia, sintiendo que habitaba en la zona norte del inmenso castillo, aquel sitio prohibido que ni siquiera la Bella estaría autorizada a visitar, haciendo al mismo tiempo sentir a cualquiera aún más curiosidad y buscando así motivos o excusas para tener yo la fuerza de voluntad de girar el pomo para hacerlos pasar. Fue tanto tiempo en esa esquina, como castigado en clase mirando al suelo, que me



dediqué de alguna forma a ser un puro autodidacta con cualquier cosa que pudiera darme o enseñarme algún tipo de información, haciéndome esta pregunta al menos un par de veces al día: «¿Qué puedo hacer ahora?».

La gran filmoteca que poseía fue grabada en mi mente como cuando miras fijamente al fuego y al cerrar los ojos aún sigues viendo esa luz resplandeciente. Todo lo que una obra del séptimo arte pueda incluir, como su banda sonora o su dirección artística, por nombrar algunos de estos aspectos que la complementan, se quedaron en mi mente y gracias a esta memoria fotográfica permanecerán hasta que, de nuevo, me vaya deteriorando. Y así, estas influencias también expuestas en todo lo escrito fueron dibujadas, y algunas de una forma tan abstracta que podría asegurar que solo yo sería capaz de entenderlas. Tomando este encarcelamiento por voluntad propia como un aprendizaje y una forma de dar rienda suelta a mi extraño arte que siempre me ha caracterizado.

Por supuesto, no tenía la posibilidad de tener la más mínima capacidad de olvidar o intentar hacer caso omiso de esos mensajes que me veía en la obligación de descifrar. El ardor que producían en esta delicada mente hacía que fuese una tortura cualquier sencilla digestión y así, a la vez no teniendo ningún privilegio de poder rechazar algún pensamiento que contrarrestar la idea de un final ya trágico y rápido, buscando un inadecuado remedio a ese inestable, doloroso e insoportable estado, que por pura desgracia insospechada para mí en aquellos momentos, sufría mi querido entorno tanto como yo, pero desde el centro de mi interior solo podía verme a mí en el reflejo del espejo.

Y la Tierra en su inercia girando para ser descubierta por los destellos del sol, comenzando así un nuevo día, apareciendo así una luz tenue en aquella habitación a través de esa pequeña y ridícula ventana, dando al comienzo de un aterrador amanecer donde la real belleza a contemplar no existiría para mí, en aquel sitio disfrazado solo por la oscuridad eterna con paredes de tonos oscuros que, evidentemente, resultaba que esta pequeña luz que entraba

sería para mí imperceptible, haciéndome sentir aún más en la oscuridad ya descrita profunda y más densa de lo normal.

Volviendo a mí esta pregunta pronunciada en voz alta para obligarme a obedecer de forma automática: «¿Qué puedo hacer ahora? Es momento de buscar algo aquí para hallar el escaso zumo que pueda exprimir».

La delicadeza de mi incomprensible estado me hacía sentir al mismo tiempo que hoy en día pudiera echar de menos aquella situación de buenos cuidados en aquella zona norte, teniendo así la más apreciada de todas las inoportunas visitas, como tratándose de la encantadora señora Potts transportando mi almuerzo junto a las intragables 16 píldoras que debería tomar.

Sobre el extraño elevado tono de mi siempre enojada voz, cuando intentaba mantener una sencilla conversación con alguien cercano o ajeno, entendí mucho después que fueron las respuestas dirigidas a los mensajes que me tocaba como oficio descifrar, como cuando pones el despertador por la mañana temprano y odias con ganas el sonido de la alarma, que suena en pleno silencio y en tu supuesto apreciado descanso y, enérgicamente, con un gesto casi violento, haces que acabe ese molesto timbre. Nunca en aquel tiempo tuve la lejana certeza de que estas señales pudieran proceder de mi atormentada cabeza o que simplemente viniesen del exterior, como las voces en las protestas de alguna manifestación por defender nuestros derechos. De lo que sí estoy ahora seguro es del caos formado en un tranquilo vecindario, y en aquellos momentos yo pensaba: «En tu honor provoqué estados de pánico en mí y en los demás».

Sí, pánico en toda regla; miedo intenso manifestado normalmente a un colectivo al igual que si fuese de forma individual. Fue un revuelo de vecinos parecido a esa adorable calle compuesta por casas con su jardín propio y separadas por un bajo ciprés y cada una de ellas del mismo color que el vehículo que utilizaban para marchar todos al mismo tiempo hacia el trabajo; cada vecino con su peculiaridad, carácter y esa primera impresión que pudiera cau-

sar, dando vida a aquel cuento mágico de invierno de nieve creada por unas manos con tijeras. En cambio, aquí el terror que a veces se manifestaba en ese precioso cuento sería multiplicado, aunque como nuestro querido Eduardo sentía, porque sí tenía corazón, este pánico descrito de forma individual por verse amenazado por su propia infravalorada existencia, ya no solo por el daño que él mismo se pudiera causar, sino evidentemente por esa multitud en contra de su aspecto gótico no entendible, con un despeinado y desaliñado pelo de un negro profundo, pánico en el significado más puro.

Como ya dije, solo unos cortos diez años en la dichosa tenebrosa oscuridad con paredes de tonos apagados, siendo así un objeto destinado a ser destruido ya solo por un desahogo personal, como cuando haces romper algo de un amor que solo te hizo daño y sabiendo que este objeto es apreciado por él o ella y que el dolor, por llamarlo así, para ellos sería injustamente satisfactorio para ti, como un pequeño movimiento maléfico.

He también de reconocer, por supuesto, que no debo olvidar que entre tanto caos anormal y pánico intenso y revuelo chillón para desorientarse sin remedio, y estando con una brújula defectuosa, tuve la posibilidad de tener la gran fortuna de descifrar algunos de estos mensajes como algo constructivo, que podía incluso dibujar una diminuta mueca forzada en mi rostro, reflejando una minúscula felicidad parecida a ese esfuerzo que resultó para el famoso robot cibernético asesino, que venía de un devastado futuro para acabar con un niño que aún no había nacido y que sería la salvación de nuestra injusta humanidad; la escena eliminada en la edición cinematográfica de la que intento hablar fue exactamente en la mejor continuación, cuando este chico ya adolescente a salvar, obligó con derecho regalado de poder manejar a este robot con aspecto humano a su antojo y diciéndole que cambiara el careto y pidiéndole por favor que sonriese un poco. A esta descrita pequeña mueca debo dar las gracias por hacerme estimular los nervios de mi apagada cara. Me decían así que debía llegar cuanto antes

a mi propia meta resolviendo, con ayuda, mi complicado dilema, comprendiendo aquí y ahora que ellos lo sabían desde un trágico principio.

La buena educación, y no es nada en contra de esa obra magistral de Almodóvar, es puramente fundamental, primordial y elemental en cualquier vida humana o animal, donde siempre el pequeño, exceptuando algunos casos, hará lo que ve hacer al grande, por el simple hecho de ser queriendo o sin querer su instructor.

El valor que heredó, o en el que se fijó Simba, fue de su querido y honorable padre, Mufasa; él intentó que aprendiera la lección del valor de la vida con su equilibrio y el funcionamiento del ciclo, mostrándole un horizonte profundo y hermoso, con su puesta de sol dibujada. Los errores que pudieran cometer serían parte del aprendizaje y como punto de partida para que en momentos oportunos tomar la decisión, sea correcta o no, dependa de nuestro corazón.

¿Cómo podía dejarme ver siendo un supuesto adulto? ¿Cómo poder dejar que se influenciaran de mis extraños actos ya fueran los más mínimos detalles mostrados? Esta situación fue por pena inevitable, al igual que cuando tropiezas y caes en un pozo profundo lleno, sería imposible no salir mojado. También sintiendo la claustrofobia, incluyendo que tiembles por el constante contacto con el líquido frío. Muy desgraciado me sentía al ver la cercanía de los pequeños inocentes cuando se dirigían a ver a aquella Bestia.

Las normales defensas, por no entender mis anormales comportamientos ante la inocencia, me hacían sentir sin remedio encerrarme en mi propio círculo autodestructivo, como si Eduardo intentara quitarse con un peine astillado algún nudo de su pelo desaliñado; de todas formas, yo mismo hubiera actuado del mismo modo ante estos tipos de sospecha al ver en mis gestos inoportunos que dejaban intranquilos a cualquier persona con un uso normal de la razón o sentido común. Y después de sentir esto, cada vez que veía a mis sobrinos corretear hacia mí para saludarme, con la mirada atenta de sus padres, yo decía, al igual que la canción: «¿Cómo explicarlo a mis hijos si los tuviera?».

Agradeciendo así por completo vuestra intención conseguida de alejarme en aquellas ya cotidianas situaciones, y evitando yo perjudicar alguna posible enseñanza que yo pudiera ofrecer, a estas pequeñas edades que se sobrealimentan de toda la información posible y las puras influencias de sus queridos adultos. Y en esos repetidos momentos yo siempre sintiendo: «Tenía tantas ganas de verte y de ver cómo vas creciendo que no tenía el verdadero lujo de poder permitirlo».

Se podría decir que la imagen que yo representaba sería idónea para la pegatina de esos productos tóxicos que aconsejan que deben estar alejadas de los niños, aunque ya vengan con el tapón de seguridad.

El inexplicable partido que continuaba sin existir un alejado descanso y que ahora mismo puedo asegurar que inconscientemente yo jugaba sin cesar, creando así en la respiración de los poros de mi cicatrizada piel un denso sudor del que no veía cómo buscar algún justo tiempo para poder secarlo. Este sufrimiento que por mucho que lo intento no seré jamás capaz de explicar como es debido fue tan constante y, por supuesto, insoportable que hasta estando dormido no dejaba de participar en este maldito juego.

La desesperación en algunos gritos que ocasioné en estos participantes dentro ya del famoso revuelo fueron los frutos que pude recoger por mi incómoda convivencia, y algunos de esos momentos me obligaba, incluso dándome una torta en la cara para recapacitar, para cuando con fuerza y violencia venía la pelota devuelta de este partido, y así queriendo o sin querer me dejaba perder. Volviendo acto seguido la tarea de tener que descifrar otro odiado mensaje provocando esta pobre situación de desespero.

Recuerdo con exactitud que justo en ese momento del primer grito pensé justo esto y sin olvidar que la música acompañaba mi pensamiento: «Tengo preparado un discurso en mi defensa, en que todo esto no es del todo mi culpa, solo quería que me quisieras. ¡Quiéremel!».

Y llegando hasta aquí voy hasta a atreverme a dar un pequeño consejo entre tanta referencia, drama y penuria, que lo lamento,

pero he de contar aún mucho más. Canta y alza la voz cuando lo hagas, no importa nada la afinidad, si lo haces desde el centro de tu corazón, cada uno de nosotros poseemos por suerte una constitución corporal y supongo que, también por la evolución de la naturaleza, una única y distinta voz siempre especial. El canto desde mi centro fue mi verdadero grito de defensa, fue mi voz cantada la que hablaba con algún pellizco de serenidad en mis palabras siendo así los únicos momentos al día en esta década con algo de lucidez. Esta fue mi forma de defenderme, utilizando así a un público atento y ofreciendo en la medida de lo posible algún cierto espectáculo entre toda esta real locura.

Dije que no eran justas estas normas de juego. ¿Todos contra uno? Y pensé: «Qué bien me voy a sentir cuando llegue a perdonarte». Este fue mi único golpe fuerte, intentado así sacar algo de ventaja en el partido infinito de toda una multitud contra mí.

La verdad es que no había ninguna importancia en el encerrarme en aquella zona, ya que daría igual dónde estuviese que esta maldición la llevaría conmigo siempre; era nula la sensación de sentir algo de protección y mucho menos sentirme seguro. Este inexplicable juego intenso me hacía pensar inevitablemente en esta pregunta tan repetida como las demás: «¿Tan aburrido está el mundo como para tener la necesidad de inscribirse a este horrible torneo?».

Descubrí mucho más tarde la respuesta acertada, siendo así y asegurando a la vez que la gente buena existe y es muy posible que ni siquiera sepamos quiénes son; yo pienso que la primera reacción ante cualquier acto es la que marca la diferencia. Es el *amor* y no el odio lo que hace que gire el planeta, mueve montañas. ¿Recuerdas? Habitamos un mundo donde la confusión prevalece ante la claridad y terribles podemos llegar a ser y provocar la peor pesadilla.

El sonido propio de la risa en aquel tiempo fue tan traumático que aún hoy sigo a veces con la confusión de si son causados por mí. Es la misma sensación de cuando estás bien acomodado en

el sofá de casa y notas un ruido extraño que no sabes de dónde proviene, es ese justo silencio, en el acto seguido de ese sonido desconocido, esa mirada, es precisamente a lo que me refiero. En aquellos momentos yo sería incapaz de poder distinguir si venían de mi mente o del simple hecho de que alguien me estaba viendo. Incluso carcajadas. ¿Es este el miedo que puedo producir debido a esta extraña enfermedad? Ahora me tranquiliza saber este pequeño detalle. Y sonando la canción que de nuevo acompaña mi pensamiento: «Puedo ser mina, puedo ser gloria o tal vez estoy aburriendo hasta que dejes de leer».

El escenario de aquel espectáculo sin precio de entrada sería en la enorme casa de mis padres. Había días en que mi actitud llegaba a ser desafiante y buscaba desesperadamente a cualquier espectador atento, como con una intuición de que debía contar algo que fuese necesario ser escuchado. Así que la pregunta que más veces alcé al aire sería: «¿Queréis jugar?».

¿La mente tiene sus límites o es infinita como lo es supuestamente el espacio exterior? Tengo que tener presente que no podría confundirlo con la paciencia, que antes incluso presumía de esta capacidad. Esto me recuerda al mito del diez por ciento del cerebro, una creencia popular muy extendida que afirma que la mayoría de los seres humanos utilizamos solamente este por ciento, a pesar de que, sabiendo muchas incógnitas sobre el funcionamiento del cerebro, se sabe que cada parte de este tiene una función, anulando así esa posibilidad de este mito expandido. Y si realmente fuera cierto no quiero ni pensar ni poseer un solo 11 por ciento; si tuviera el poder de la elección elegiría ser aún más primitivo, por favor; esta complicidad en ocasiones es muy desconcertante.

Y retomando por voluntad propia al tiempo de ese encarcelamiento sin olvidar el principal motivo de despertarme cada día, siendo mi participación del escandalizado torneo vecindario, y sonando la dichosa canción: «No es por maldad, pero he de admitir que sí que me gusta el juego».

Al consuelo no se le veía venir ni con catalejos, así que del alivio ni hablemos. La pesadilla de la que no paro de hablar también la podría describir como mi propia sombra. Para ser más exacto, sería más parecido a las sombras que se les aparecen a los jugadores de un partido de fútbol cuando estos juegan de noche y son iluminados con esos potentes focos de luz que hace que se les vea más de una.

Algunos mensajes emitidos primero por mí y con su correspondiente respuesta se podrían descifrar como puros ataques directos y, por supuesto, muy personales, dirigidos con toda la intención de hacer daño, que no entendía de dónde pudo salir eso de mí.

Mientras tanto, el canto de mi corazón no afinado y más bien de un propio aficionado seguía siendo mi única defensa, o al menos es lo que yo sentía en aquel entonces. Y mi pensamiento unido en una de mis preferidas, diciendo: «Ya está bien, hasta aquí he llegado de hablar de mí; hablaré ahora de ti, ya está bien de hablar de ti. Hablaré un poco de todos esos ruidos de nuestro alrededor».

Lejos estaba de desaparecer la sensación extrema de estar acusado, pareciendo a esas típicas narraciones cinematográficas normalmente procedentes de Hollywood, cuando ese protagonista que es un imán para atraer a un gran público para un cine de entretenimiento, como por ejemplo Tom Cruise, donde es totalmente inocente hasta que no lo demuestra en los últimos minutos del largometraje. Y yo, al igual que nuestro querido actor, sentía que no debía estar expuesto en este juicio y quizás de ahí saque las fuerzas para poner un pie tras otro para así levantarme de la cama cada mañana.

Mamá, da igual que tu regreso haya causado el despertar de mi enfermedad porque después pude sentir tu arropo en los peores años de mi vida, que ya es difícil para mí elegir cuáles fueron, si tuviera que elegirlos. Tras todos los recuerdos detallados aquí, acabo de percatarme de que los *auriculares* formaban parte de mi cuerpo, siendo una extensión necesaria para mi coexistir, y hoy hay canciones que me hacen revivir algunos momentos tan sensibles que es



inevitable que se deslice alguna lágrima. Si existe oscuridad es porque hay alguna luz que provoca esta sombra. Hay que distinguir de dónde proviene para que pueda guiarnos por donde pisamos. Y así sonó en mis oídos y en mi corazón: «Millones de caminos utilicé para cambiarte, millones de métodos usé para transformarte, pero ya terminé».

En otra zona del inmenso castillo, subiendo una planta desde la que me encontraba, existía un lugar tranquilo que no se asemejaba a otra parte del lugar. Allí mismo sentía una especie de paz tranquilizante e insospechada para mí, así que me obligaba a visitarlo incluso cuando no me hacía ni falta ducharme. El caer agua caliente con presión sobre mi cabeza hacía que me llevara a una preciosa playa desértica de algún planeta desaparecido en el universo, al igual que el sueño implantado por una especie alienígena en la mente del agente Valérian. Solo serían unos quince minutos de este estado en la ducha, justo en el instante que cerraba el grifo para que fuera cesando el golpe del agua comenzaba de nuevo... ¿Acaso ha parado?, el dichoso y ya repelente juego «de arriba abajo, de izquierda a derecha, de horizontal a vertical y también en diagonal», fueron los golpes liftados con pura técnica que debía devolver. No existió ni un segundo de descanso. Bueno sí, esos momentos descritos bajo la ducha.

Esta vez mi respuesta fue un golpe cortado con efecto, como ese golpe de tenis llamado globo, haciendo así que esquivé a mis adversarios, apuntándome otro gran tanto a mi favor. Y yo pensando: «¿Cómo quieres que yo sepa lo que tú estás pensando?».

Estos ataques, que en realidad iniciaba yo, en ocasiones fueron tan ofensivos que inevitablemente hacía que me hiciera infinidad de preguntas sobre qué clase de persona soy y de qué soy capaz de hacer. Todo esto podría llamarlo como un ruido constante, recordándome al sonido de una lavadora en una gran lavandería. Antes, este ruido conseguía que acabara dormido cuando mi madre Isabel me llevaba consigo a su trabajo. Este tiempo de traba mental provocaba en mí el más terrible de los insomnios. Todo este enredo

provocado pudo tener la posibilidad de haber acabado de una forma más trágica.

Y esta multitud de atentados desde dentro y desde fuera del enorme castillo me hizo pensar en: «Amo las voces que, desde la lejanía, desde el lugar de donde provienen, un supuesto lugar seguro, reclaman lo que es justo».

Un tramo corto sería lo que debía traspasar para encontrar la paz; estas aterradoras escaleras separaban las zonas del infierno y las del cielo; abajo, el lugar oscuro donde me solía encontrar defendiéndome con la puerta cerrada y arriba, mi estudio de sonido y grabación donde nada se grababa, cada peldaño sería en un movimiento de cámara lenta con un sonido acelerado, nada se encontraba en equilibrio, pero en este tramo del que hablo sería todo aún más intenso, aquí los mensajes tenían el doble de fuera y a la pelota le sería imposible de devolver un *match* seco o un punto de saque directo, y entre el público, ante el incesante partido, un espectador dándome ánimos como creyendo en mí entre tanta confusión.

Me estremecía de sorpresa al ver de lo lejos que podían venir estos mensajes y lo cerca que los podía sentir en esa escalera. Ya una vez llegado a la puerta de arriba para abrirla, sería con un golpe seco y a saco, el gesto bruto de cerrarla para seguir con mi defensa hasta que al fin llegaba a la ducha, donde toda esta acusación cesaba durante un rato.

Y yo sin entender antes lo que dije: «Él no va a conseguir que sigáis viéndome como ese monstruo que veis en mí».

Lo cierto es que resultaba terrible decir lo que pensaba, ya que eran pensamientos que ni si quiera yo entendía, con toda la seguridad de la falta de lucidez y sin ningún remedio para poder darle algún sentido. Todo aquí descrito lo estoy pudiendo escribir uniendo las piezas de mi extenso puzzle de infinitas piezas que antes ni entendí y del que a la vez perdí infinidad de partes, llamando al servicio de atención al cliente para reclamar las piezas perdidas.

Evidentemente la convivencia conmigo ya sea solo con mis sombras, sería insoportable para cualquiera, y yo sin darme cuenta

de ningún detalle ni percatarme del daño que me hacía a mí mismo con estas manos cortantes y del daño que hacía a mi alrededor, como lo haría Pícara; de todas formas, me encontraba tan involucrado en el partido infinito que no encontraba otros motivos para dedicarlo a algo mejor. Y él me dijo en mi habitación: «No lo dejes, no lo cojas con tantas ganas para después aburrirte, y continúa dibujando».

Estos diez años de un perpetuo martirio mental, de una condenación de coexistencia en la oscuridad de aquella habitación, de las escaleras que al pasar por ellas el tiempo trascurría más lento y el sonido más rápido, y de mi apreciada ducha que me ofrecía el privilegio de un rato de descanso, ya al fin podía ver cómo se iba acercando la meta con una cinta sujeta muy débilmente para cuando solo con rozarla cayera al suelo. Los participantes infinitos cansados y reventados de jugar con el horror podían también apreciar cómo me aproximaba a la llegada.

Después de su vuelta a casa por saber de mi delicado estado, y por el sentimiento que le abordaba también de arrepentimiento por habernos abandonados a mamá y a mí solos en casa cuando yo era solo un niño.

Una noche cercana a la resolución, bajó mi antes desaparecido padre a la zona norte. Ahora mismo no recuerdo la conversación que fue el verdadero motivo de aquella visita, y al terminar este diálogo que no recuerdo o que no quiero recordar, cuando salió por la puerta de mi habitación, al cerrar con un sigiloso golpe, fue él quien inició este juego de terror al mandar un mensaje al aire, para que fuera escuchado por el atento público en este escenario, diciendo: «Buenas noches y hasta mañana».

Acto seguido, este mensaje emitido por mi padre recibió como respuesta unas chillonas carcajadas que habitualmente se dirigían a mí. Entendí justo en ese instante que el objeto a destruir sería él, recibiendo así todo lo que este juego de ataques personales entre vecinos disimulados utilizando gestos, golpes, sonidos y ruidos. Como cuando te diriges a un destino elegido con determinación y

ves una señal de tráfico que indica una bifurcación y en el último momento decides cambiar tu destino con un giro violento con el volante y dejando unas marcas de neumáticos sobre el asfalto.

Al día siguiente volví a pasar por ese tramo donde se cruzaba la velocidad del tiempo. Esta vez subí por la llamada de mi madre Isabel, diciéndome que necesitaba que le mirara algo de un vídeo que no conseguía reproducir en la televisión. Yo llegando arriba y al ver el problema que pude resolver en cuestión de segundos, dije con un tono de voz elevado: «¿Se ve o no se ve?».

Esta pregunta que supuestamente iba dirigida a mi madre fue en realidad la última respuesta emitida en voz alzada para que fuese escuchada entre el vecindario; siempre bajo el subconsciente, jugaba a este juego y siendo este mi último movimiento de ficha en el tablero. Y sin llegar en aquel entonces a entenderlo, por primera vez en mucho tiempo pude dormir plácidamente y muy profundamente, como si nunca lo hubiera hecho.

Al otro día después de este, el continuo murmullo al que llamé también ruido, junto a los gritos de desesperación y a los golpes intencionados con sus gestos de maldad simplemente se desvanecieron, desaparecieron, todo se terminó. Me sentí como en ese sueño común donde todo es luz y algodón, y el silencio reina por todo el alrededor, significando esto allí en aquel lugar y entendido hoy, una única respuesta conjunta por decirlo comunitaria, que solo decía una palabra: perdón.

Así que decidí abrir el temido pomo de mi puerta sin previo miedo, también asomarme a la dichosa escalera y subirla sin ningún motivo para después bajarla y comprobar que la velocidad del tiempo sería la adecuada en cada peldaño, al igual que el sonido que esta vez pude apreciar, el de los pájaros que estaban cerca. Y bajando ya muy relajado, empezó a sonar un estremecedor aplauso.

Entonces, por un momento pensé que habría algún cumpleaños en alguna de las casas de aquel vecindario sacado del cuento de invierno, y entrando a mi habitación despacio y muy desconcertado cerré la puerta con cuidado como para no ser percibido

el más mínimo ruido que pudiera escuchar algún vecino. Me eché con delicadeza en la cama como si mi peso corporal fuera el de una pluma, y reconocí que esos aplausos que hacía un escandaloso vecindario iban dirigidos a mí, y entendiendo que fue por mi grito de defensa, mi canto no afinado de las letras de mis canciones ya eternas que me representan ayer y hoy. Entonces, al entender la causa de aquel sonido que dicen que es como una droga, lloré sin predecir por un puro alivio, comprendiendo entre mis lágrimas que llegaban los últimos minutos del largometraje demostrando así el juicio de mi inocencia.

Papá, la verdad es que pude sentir en mis calados huesos que nunca te fuiste para mí, me acechabas por todos lados, como estos mensajes, para sentirme yo con la obligación de descifrarlos. El creador de este juego tenebroso y que solo provoca malestar fuiste tú, y manipulabas todo mi entorno, tomando yo este comportamiento tuyo como mi educación a seguir; como cuando enseñas a tu sobrino (en mi caso) a dar siempre las gracias y los buenos días, el pequeño lo hará al ver que su querido adulto lo hace sin ver ningún daño a provocar y con total naturalidad, para así esperar recibir la oportuna respuesta. En mi caso, llegando a mi edad adulta, fue el caos en un tablero sin control, donde la semilla que fue sembrada me dio este normal fruto de profunda confusión. El subconsciente, siendo un conjunto de procesos mentales, no podía percibir por sí mismo, pero hacía aflorar la flor de esta diabólica semilla sembrada por ti, papá, en determinadas y constantes situaciones influyéndome por completo en mi manera de actuar y en mi carácter, que siempre fue compresivo excepto en esta década. Los mensajes podría yo hablar ahora mismo de ellos y decir de qué trataban exactamente, pero lo dejaré para más adelante, así que me quedaré aún con la boca cerrada, porque ya volví a aprender a masticar correctamente.

Papá, aunque te recuerde en mi infancia impartíendome clases privadas, sé que en el fondo fue el temor de que me pudieran hacer daño el motivo de tu creación. He entendido que fue el miedo de

un padre ante un hijo delicado, que tú previste que conocería yo bien el dolor y que todo esto ha sido por tener una protección ante la vida llena de prejuicios, y al ver a leguas cuál sería mi condición sexual en mi vida adulta, querías evitar de algún modo que yo fuera humillado con toda la crueldad que mueven contra este círculo, y queriendo que yo fuese un hombre de carácter fuerte, preparado para cualquier contratiempo relacionado contra mi forma de ser. Así que lo que más me convenció para excusarte, aunque ahora lo intento aquí con estas líneas, es que podría decir que fueron *otros tiempos*.

Y llegó el momento de tu visita a la zona norte, ya deshecho el terrible hechizo en el enorme castillo, resaltando otros tonos con más luz en mi habitación y con la puerta ya siempre abierta, sería para dialogar y así llegar a una comprensión hacia ti y hacia mí. Y gracias al estado de paz que me regalaron los vecinos, sintiendo que no debía tener miedo y sería imposible con un ejército mío detrás. Te dije: «Dime lo que piensas y no tendré que descifrar nada».